

## *El valor de la razón*

**ENRIQUE GONZÁLEZ FERNÁNDEZ**

**E**n el número anterior de esta revista se publicaba un artículo mío titulado *El valor de la fe*, que señalaba la trayectoria heroica de Julián Marías. Ahora el presente artículo quisiera mostrar la también heroica trayectoria de Juan Pablo II con ocasión del Vigésimo Aniversario de su Pontificado, que coincide además con la publicación de su encíclica *Fides et Ratio* ("La Fe y la Razón"). Precisamente la finalidad de ese documento del Papa es resaltar *el valor de la fe*, por un lado, y *el valor de la razón*, por otro.

Pero hay más paralelismos. El más sorprendente está en relación con el Doctorado que cursaron Julián Marías y Karol

Wojtyla. Del primero ya traté en mi último artículo: fue suspendido de manera injusta, a pesar de que la tesis doctoral de Marías en Filosofía era excelente, la mejor que en mucho tiempo se había presentado en su Facultad (años más tarde, como la Facultad quiso remediar la injusticia cometida y estaba en deuda con Marías, éste ya pudo obtener el título de Doctor). Del segundo Doctorado voy a revelar seguidamente un dato que, por lo general, se desconoce.

Pero antes de descubrirlo permítaseme añadir otro paralelismo que, aunque atañe a mi modestísima persona y me relaciona académicamente con ambas personalidades, me puede conferir cierto

derecho para tratar sobre el asunto. Quien estas líneas escribe cursó la Licenciatura en Filosofía en la misma Facultad que Marías (de la hoy Universidad Complutense de Madrid) y el Doctorado en Filosofía en la misma Facultad donde Karol Wojtyla presentó su tesis doctoral en Teología (de la Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino, de Roma, llamada abreviadamente el *Angelicum*). El primer título está expedido por el Rey Juan Carlos I; el segundo, por el Papa Juan Pablo II (Marías preparó el discurso que pronunció Su Majestad Católica para recibir en España a Su Santidad).

El dato que paso a relatar, por ser tan poco conocido, sorprenderá a muchos lectores. En noviembre de 1946, recién ordenado sacerdote, Karol Wojtyla llegó a Roma para hacer el Doctorado en Teología en el *Angelicum*. Dos años más tarde terminó su tesis doctoral sobre la fe en San Juan de la Cruz, pero fue rechazada. Al regresar a Polonia obtuvo más tarde el Doctorado en Filosofía con una tesis sobre Max Scheler. Después de ser elegido Papa, los profesores dominicos del *Angelicum* le confirieron —con muchos años de retraso— el título de Doctor en Teología, y su tesis sobre la fe según San Juan de la Cruz pudo ser publicada.

Dejemos aparte esa dificultad académica de Wojtyla en relación con la Teología. Sólo añadamos que en noviembre de 1996 la Universidad Pontificia de Salamanca confirió a Julián Marías el Doctorado *honoris causa* en Teología. El año 1982 Juan Pablo II creó el Consejo Pontificio para la Cultura, compuesto por doce miembros, representantes de grandes porciones del mundo: el Papa nombró a Julián Marías

uno de esos miembros, el único español, el único de lengua española.

\* \* \*

Cuando en 1978 el Cardenal Wojtyla fue elegido Obispo de Roma, quienes lo conocían sabían perfectamente que era un Papa filósofo. La Filosofía había sido su labor intelectual y académica preferida. Fue profesor de Ética en la Facultad Teológica de Cracovia y en la Universidad Católica de Lublin. El profesor Wojtyla injertaba el método fenomenológico en su formación aristotélico-tomista. Y había emprendido numerosos ensayos creativos en este campo, como su libro *Persona y acción*. Estaba situado en la corriente contemporánea del personalismo filosófico. Incluso siendo Cardenal solía asistir a congresos de Filosofía.

Por tales motivos no puede extrañar que la reciente encíclica se ocupe especialmente de Filosofía. No es mi cometido analizar su contenido, solamente quisiera resaltar con brevedad cómo en ella el Papa habla del valor de la razón.

En 1997 “Cuenta y Razón” (número 102) publicaba un artículo mío sobre algunos problemas actuales del Catolicismo, en cuyo comienzo escribía: “Se debe hacer una llamada de atención acerca del descuido que ha sufrido la Filosofía en el mundo católico, particularmente dentro de ambientes eclesiales, donde se la ha venido estudiando poco y mal, de lo cual se resiente la Teología”. Hacia el final aludía a la contraposición entre razón y fe: “Podemos alertar sobre la última mutilación: consiste en olvidar que, según la doctrina católica, la razón —natural— y la

fe —sobrenatural— no se oponen, sino que se complementan. Ciertamente que la fe —como lo sobrenatural— es más importante, pero no pocos católicos tienden a desacreditar —incluso a despreciar— el valor de la razón”. Decía asimismo que algunos ambientes católicos “oponen la fe a la razón, piensan que ésta es rechazable e incurrir en un fideísmo que no es católico”.

Pido perdón por citarme y por tener el atrevimiento de decir que la encíclica viene a coincidir con esas líneas mías. El Papa, advirtiendo sobre “el recelo cada vez mayor hacia la razón misma”, anima “a confiar en la capacidad de la razón humana”. Y recuerda que Tomás de Aquino “tuvo el gran mérito de destacar la armonía que existe entre la razón y la fe. Argumentaba que la luz de la razón y la luz de la fe proceden ambas de Dios; por tanto, no pueden contradecirse entre sí”. Dice también: “Aun señalando con fuerza el carácter sobrenatural de la fe, el Doctor Angélico no ha olvidado el valor de su carácter racional”.

Juan Pablo II piensa con San Anselmo que “la prioridad de la fe no es incompatible con la búsqueda propia de la razón”. La tarea de la razón “es saber encontrar un sentido y descubrir las razones que permitan a todos entender los contenidos de la fe”. Porque la verdad que nos llega por la Revelación “debe ser comprendida a la luz de la razón”. Como la teología es “reflexión racional sobre Dios”, entonces “la fe requiere que su objeto sea comprendido con ayuda de la razón”.

El Papa recuerda que el Concilio Vaticano I censuró el fideísmo: “frente a las tentaciones fideístas, era preciso recalcar la unidad de la verdad y, por consiguiente

también, la aportación positiva que el conocimiento racional puede y debe dar al conocimiento de la fe”. Hoy “tampoco faltan rebrotes peligrosos de *fideísmo*, que no acepta la importancia del conocimiento racional y de la reflexión filosófica para la inteligencia de la fe y, más aún, para la posibilidad misma de creer en Dios”. Todavía dice el Sumo Pontífice que “otras formas latentes de fideísmo se pueden reconocer en la escasa consideración que se da a la teología especulativa, como también en el desprecio de la filosofía clásica, de cuyas nociones han extraído sus términos tanto la inteligencia de la fe como las mismas formulaciones dogmáticas”.

El Concilio Vaticano I había llamado la atención sobre el hecho de que existen verdades cognoscibles naturalmente, filosóficamente; “su conocimiento constituye un presupuesto necesario para acoger la revelación de Dios”. Citando al mismo Concilio, el Papa dice que “la Iglesia está profundamente convencida de que fe y razón *se ayudan mutuamente*”.

Cada hombre “es, en cierto modo, filósofo, y posee concepciones filosóficas propias con las cuales orienta su vida”. El Papa insiste: “el hombre es naturalmente filósofo”. Y cita la primera frase contenida en la *Metafísica* de Aristóteles: “Todos los hombres desean saber”.

El Papa filósofo subraya “el valor que la filosofía tiene para la comprensión de la fe”. En realidad, “la teología ha tenido siempre, y continúa teniendo, necesidad de la aportación filosófica”. Por eso “me ha parecido urgente poner de relieve con esta encíclica el gran interés que la Iglesia

tiene por la filosofía; más aún, el vínculo íntimo que une el trabajo teológico con la búsqueda filosófica de la verdad". Pero en muchas escuelas católicas se ha podido observar una cierta decadencia debido a una menor estima "del mismo estudio de la filosofía. Con sorpresa y pena debo constatar que no pocos teólogos comparan este desinterés por el estudio de la filosofía".

Como gran reto del final del milenio, el Papa pide que "es necesaria una filosofía de alcance *auténticamente metafísico*". Según él, "la metafísica no se ha de considerar como alternativa a la antropología, ya que la metafísica permite precisamente dar un fundamento al concepto de dignidad de la persona". Añado yo que ese gran reto lo ha cumplido Julián Marías (recuérdese sólo su libro *Antropología metafísica*).

El Sumo Pontífice reconoce que "la persona, en particular, es el ámbito privilegiado para el encuentro" con "la reflexión metafísica". También nombro yo aquí a Marías, porque esas líneas del Papa concuerdan perfectamente con su libro *Persona*. Por otro lado, las siguientes palabras de Juan Pablo II vienen a dar razón a la tarea filosófica de Marías: "Si insisto tanto en el elemento metafísico es porque estoy convencido de que es el camino obligado para superar la situación de crisis que afecta hoy a grandes sectores de la filosofía, y para corregir así algunos comportamientos erróneos difundidos en nuestra sociedad".

Pero también hay que tener presente otro libro de Marías: *Tratado de lo mejor (la moral y las formas de la vida)*, que da res-

puesta a la inquietud del Santo Padre sobre la desorientación ética del hombre actual. Juan Pablo II escribe que "la recuperación de la filosofía es urgente asimismo para la comprensión de la fe, relativa a la actuación de los creyentes". Hay que "recurrir a una ética filosófica orientada a la verdad del bien; a una ética, pues, que no sea subjetivista ni utilitarista. Esta ética implica y presupone una antropología filosófica y una metafísica del bien".

\* \* \*

Pero dejemos aparte la reciente encíclica que viene a cumplir un personalísimo deseo de Wojtyla en el XX Aniversario de su elección como Sumo Pontífice. Todos recordamos la emoción que hace veinte años sentimos al ver aparecer al nuevo Papa en la *Logia de las Bendiciones* de la fachada de San Pedro. Se trataba de una persona joven y fuerte, a la altura del tiempo, valerosa y valiente, completamente necesaria, un no italiano, cuyo camino fue providencialmente preparado por el llorado Juan Pablo I. Enseguida el nuevo sucesor de San Pedro, comenzando por México, se puso a viajar por todo el mundo, haciendo un esfuerzo heroico para evangelizar, para anunciar la paz con un valor admirable. Besa con humildad y unción el suelo de cada país que visita. Este hermosísimo gesto de paz, tan conmovedor, lo ha heredado de su gran predecesor Pablo VI. En los años de su Pontificado es quien infunde esperanza a todos los hombres de buena voluntad. Sin él, nuestro mundo quedaría huérfano, desorientado, enlutado sin su figura blanca y pacífica.

Esa figura blanca fue manchada con san-

gre el día de su atentado. Un periódico de Madrid —que conservo— titulaba: *Sangre en la sotana blanca*. Tras recibir las balas se nos anunciaba que el Papa estaba en un estado preagónico. Me llené de enorme tristeza e inquietud. Yo tenía entonces 19 años; me puse a rezar atentamente junto a la radio.

El alivio que produjo en todo el mundo su curación se unió a la admiración por perdonar humildemente a su agresor en las primeras frases que pronunciaba tras el gravísimo atentado, y por ir a visitarlo a la cárcel. ¿Acaso no es esto una virtud heroica? ¿No ha conmovido este gesto a tantos perseguidores de Juan Pablo II, a aquellos que le dedican un odio cordial? El Romano Pontífice, con la máxima elegancia, evita recordar ese atentado en sus discursos. Y no hace ningún reproche ni guarda ningún rencor, como si lo hubiera olvidado completamente.

El Papa atribuye su curación a un milagro de la Santísima Virgen, a la que tiene una profunda devoción, de la que se considera *todo suyo*, consagrado a ella como un esclavo suyo, según la espiritualidad de San Luis María Grignon de Montfort. Tras ser elegido Papa, desde la *Logia de las Bendiciones* habló de ella con palabras que me emocionaron y me satisficieron plenamente. Al final de la encíclica *Fides et Ratio* escribe algo importantísimo que nunca se ha dicho y que no me resisto a transcribir: “Se puede entrever una gran correlación entre la vocación de la Santísima Virgen y de la auténtica filosofía. Igual que la Virgen fue llamada a ofrecer toda su humanidad y femineidad

a fin de que el Verbo de Dios pudiera encarnarse y hacerse uno de nosotros, así la filosofía está llamada a prestar su aportación, racional y crítica, para que la teología, como comprensión de la fe, sea fecunda y eficaz. Al igual que María, en el consentimiento dado al anuncio de Gabriel, nada perdió de su verdadera humanidad y libertad, así el pensamiento filosófico, cuando acoge el requerimiento que procede de la verdad del Evangelio, nada pierde de su autonomía, sino que siente cómo su búsqueda es impulsada hacia su más alta realización. Esta verdad la habían comprendido muy bien los santos monjes de la antigüedad cristiana, cuando llamaban a María *la mesa intelectual de la fe*. En ella veían la imagen coherente de la verdadera filosofía y estaban convencidos de que debían *philosophari in Maria*”.

El Papa filósofo, durante todo su Pontificado, se ha esforzado por hacer razonable la fe. Por dar razón de las capacidades del hombre. Ha tenido el valor, la valentía, de dar razón de su fe, de su esperanza, de su caridad; de dar cuenta y razón del Evangelio por todo el mundo. Si ya es Confesor de la Fe (porque ha derramado su sangre por ella), también lo es de la Razón. Todos los hombres —y con más razón los creyentes de otras religiones y los no creyentes, porque han encontrado luz en un hombre entregado a la Humanidad— deberíamos estarle agradecidos. Siempre que he tenido ocasión de saludar en Roma al Papa le he dado las gracias. Y él, siempre también, me ha contestado con la sonrisa en los labios: “¡Demos gracias a Dios!” Tiene razón.